

¿Qué es lo que El enseñó? ¿Cómo vivió El? La doctrina de Jesucristo se recopila en estas tres cosas: negarse á sí mismo, tomar su cruz y seguirle. Una sola palabra reúne todos sus ejemplos: sufrir. Entremos en el real camino de la cruz y por él caminemos con bríos: en él nos han precedido todos los hombres apostólicos y todos los santos.

### MEDITACIÓN XL

TERCER DOMINGO DE CUARESMA. — Erat Jesus eji-  
ciens dæmonium, et illud erat mutum.—*El de-  
monio mudo.*

I. Los estragos que este demonio hace en el rebaño de Jesucristo.

II. Como deben combatirlo los pastores.

#### PUNTO I

*El demonio mudo hace grandes estragos  
en el rebaño de Jesucristo*

En poder de la lengua está la muerte y la vida, dice el Espíritu Santo: *Mors et vita in manu lingue* (1). ¡Qué manantial de vida no se encuentra en el buen uso de la palabra! Pero al mismo tiempo ¿habrá cosa más funesta que el abuso de la misma? Ella es, dice el apóstol Santiago, un mundo entero de iniquidades: *universitas iniquitatis*. El silencio mismo, cuando Dios manda que se hable, ¿no es muchas veces un crimen enorme y causa de grandes desgracias? El demonio mudo es quien impide á los esclavos del respeto humano, que se entreguen resueltamente á aquel Dios á quien sin embargo adoran en el secreto de su corazón; es este demonio el que los impide levantarse contra los desórdenes que ellos presencian y deploran interiormente. Ellos tienen aherrojada la verdad, y no se atreven á pro-

(1) Prov., XVIII, 21.

fesar su fe, ni en aquellas circunstancias en que el silencio resulta ser una especie de apostasía. De este modo la virtud es abandonada al insulto por aquellos mismos que la aman; la impiedad y el libertinaje se acreditan, se envalentonan y son propagados por los que aman la religión y las buenas costumbres; y como no hay nada más contagioso que esta debilidad, cien valerosos cederán por causa del primero que se dejó vencer.

Es el demonio mudo el causante de que muchos hombres de bien vivan alejados de los Sacramentos, sobre todo de la Confesión; mientras que por otra parte cumplen con todas las demás obligaciones del cristiano. Cuando esas personas llegan por fin á someterse á ese deber que el espíritu de la mentira les había pintado con tan falsos colores, entonces son ellos los primeros en maravillarse de haber podido por tanto tiempo poner en peligro su salvación, y de haberse privado de tan dulces consuelos. Es este demonio el que cambia en veneno mortal el remedio más saludable, para esas almas sacrílegas que se dejan persuadir á callar sus culpas.—Mirad á esa persona: ella deseaba descargarse de un peso que la oprimía; se sentía vivamente impulsada á la sinceridad; ya había empezado; una palabra más, alcanzaba el cielo y en la vida presente una paz que sobrepuja todo otro sentimiento: una palabra menos, y merece el infierno, y ya en este mundo el gusano del remordimiento que la roe continuamente. ¿Cuál es, pues, la fuerza oculta que hizo morir en los labios aquella palabra tan necesaria? Es el demonio mudo.

Pero los estragos que él obra en el rebaño de Jesucristo no son nunca tan deplorables como los que hace entre los mismos Pastores. Su gran triunfo es poder encadenar la palabra de los Sacerdotes. El se esfuerza en cerrarles los labios, ó cuando menos en obtener que usen un lenguaje débil y tímido cuando sería necesario hablar con fuerza. ¡Oh Sacerdote! tú le concedes este funesto triunfo cuando descuidas instruir con el catecismo y la predicación

á las almas que Dios te ha confiado. Y sabido es que la ignorancia de la Religión acarrea todas las desgracias. Esto haces cuando no corriges, con prudencia sí, pero también con la santa libertad que conviene, á los pecadores escandalosos que pervierten á tu pueblo; cuando nada dices á los libertinos, á los blasfemos, á los profanadores de los días de fiesta: esto haces ¡oh Sacerdote! cuando no te opones como un muro de bronce á las perversas costumbres que se quieren introducir; cuando no te atreves á avisar tanto como es necesario, que los Sacramentos se han de recibir dignamente y con respeto para sacar fruto de ellos: esto haces cuando en el Santo Tribunal tú halagas la delicadeza de los culpables, dejándoles ignorar con riesgo de su salvación, graves obligaciones que tú solo les puedes enseñar. ¿Qué cruel misericordia, exclama San Cipriano, es la que consiste no ya en curar el herido, sino en tapar la llaga encerrando en ella la muerte? *Nihil in sacerdote*, dice San Ambrosio, *tam periculosum est apud Deum, tam turpe apud homines, quam quod sentiat non libere denuntiare*. Examinaos seriamente sobre todos esos puntos. ¿Tenéis ese celo que reprende, suplica, amenaza, sin desanimarse jamás? (1). El deber de la corrección está de tal manera unido á vuestro ministerio, que para forjaros ilusiones sobre este punto, sería preciso que pudierais olvidaros de lo que sois. *Si sacerdos est et non corripit delinquentes, sacerdotis officium præterit*. (2) Guardaos, no debáis exclamar más tarde: ¡desgraciado de mí porque me he callado cuando las leyes más sagradas me obligaban á hablar! *Væ mihi, quia tacui!* (3)

(1) II Tim., IV, 2.

(2) S. Hier., *Comment. in Tit.*

(3) Is., VI, 5.

## PUNTO II

Cómo debemos combatir al demonio mudo

¿Trátase del respeto humano? Volvamos contra él sus mismas armas. El ataca á los hombres con la vergüenza y el temor: hagamos avergonzar y temblar á su desdichado esclavo. Esto lo alcanzaremos haciéndole ver claramente cual es el objeto de su vergüenza y de su temor. ¿De qué se ruboriza él? De la virtud, de la religión, de Dios, de Jesucristo; es decir de todo lo que constituye la gloria del hombre.— ¿Qué es lo que él teme? Una palabra, una sonrisa, el ser juzgado por unos espíritus extraviados, por unos corazones corrompidos á quienes él mismo desprecia. El hace alarde de independenciam, y se somete á la más indigna esclavitud, doblegándose á los errores, á los caprichos, á las pasiones de todos los que le rodean, y dejándose dominar hasta en su misma conciencia. ¿Habrá alguno más esclavo que él? Si todavía no ha perdido la fe, presentémosle otro motivo de confusión y de espanto en aquellas palabras salidas de la boca de la Verdad Eterna: *Qui me erubuerit et meos sermones, hunc Filius hominis erubescet cum venerit in majestate sua*. (1)

En estos días de preparación para la Comunión pascual, tomémosnos un cuidado particular de aquellas pobres almas á quienes el demonio mudo tiende el más peligroso de todos los lazos en el tribunal mismo de la reconciliación, inspirándoles culpables reticencias precisamente allí donde una humilde confesión iba á hacerlas merecedoras de un perdón tan consolador. ¡Horrible ceguedad es esta, por la cual el demonio hace mirar como vergonzoso lo que más honra al corazón humano: es decir, la sinceridad, la franqueza, la lealtad! ¿Cómo es posible que el orgullo tema una humillación tan gloriosa? Prevengamos los golpes de la tentación con palabras que

(1) Luc., IX, 26.

consuelen y animen al pecador. Aquí especialmente es donde el confesor debe mostrar la condescendencia, la tierna compasión de un padre.

En fin, para estar precavidos nosotros mismos, y defendernos de las pérfidas insinuaciones del demonio mudo, pensemos en la terrible cuenta que deberemos dar de los talentos y de los empleos que nos han sido confiados. El pastor de las almas debe ser sabio y prudente, pero al mismo tiempo firme y valeroso. Dios arrojará como vil polvo á los vientos, los huesos de los que quieren agradar á los hombres: *Deus dissipavit ossa eorum qui hominibus placent.* (1) El castigará la relajada timidez á igual de los mayores crímenes: *Timidis autem et incredulis, et execratis et homicidis...., pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure* (2). Meditemos el aviso que nos da San Ambrosio: *Canes muti reprobantur in scripturis: unde et tu disce vocem tuam exercere pro Christo...., ne quasi mutus canis commissam tibi Ecclesie custodiam quodam prevaricationis silentio deseruisse videaris* (3). Adoptemos la hermosa máxima de San Gregorio Nazianceno: El que sirve á Dios no debe temer sino una sola cosa, esto es, no debe temer más que á Dios: *Nec quidquam metuendum est, quam ne quid magis quam Deum metuamus.*

En el altar recibiréis á Aquel cuyo poder omnipotente admira y reconoce un pueblo entero cuando grita: *Surdos fecit audire et mutos loqui.* Pedidle la gracia especialísima de que al regalaros con su Cuerpo Divino, desate vuestra lengua, para que habléis con entereza y libremente siempre que así lo exijan los intereses de su gloria y la salvación de las almas.

- (1) Ps. LII, 6.  
(2) Apoc., XXI, 8.  
(3) In Ps., CXVIII.

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El demonio mudo ocasiona grandes estragos en el rebaño de Jesucristo.* La muerte y la vida están bajo el poder de la lengua.—Hasta el mismo silencio es á veces un crimen y causa de grandes males.—Es el demonio mudo el que ata la lengua de los esclavos del respeto humano, que los aleja de los Sacramentos y en especial de la Confesión, ó que los empuja al sacrilegio. Pero sus estragos nunca son tan terribles como cuando encadena la palabra sacerdotal. Entonces es cuando la instrucción es abandonada, la corrección omitida ó mal hecha.... ¡Ah! procuremos obrar de tal modo que no tengamos que decir con pesar el día de mañana: *Ve mihi, quia tacui!*

PUNTO SEGUNDO.—*Cómo debemos combatir al demonio mudo.*—Si se trata del respeto humano, hagamos ruborizarse y temblar á su vil y desgraciado esclavo, poniendo ante su vista el objeto de su vergüenza y de su temor. Se ruboriza de los objetos más gloriosos, á saber, de la virtud, de la religión, del mismo Dios. Teme lo que menos debiera temerse, esto es, el juicio y la crítica de espíritus falsos y perversos que él mismo desprecia. Presentemos ante su vista otro motivo de confusión y de temor: *Qui me erubuerit.*—Cuidemos con especial esmero á esas almas á las que el demonio mudo dirige sus más rudos ataques en el tribunal de la Penitencia; hagámosles comprender la gloria y la dicha de esas humillaciones que ahora tanto les asustan. Por último, para defendernos á nosotros mismos de esa indigna debilidad, pensemos en la cuenta que deberemos rendir un día de esos talentos y de las obligaciones que se nos habían confiado. *Deus dissipavit ossa eorum qui hominibus placent.—Nec quidquam magis metuendum est quam ne quid magis quam Deum id metuamus.*

MEDITACIÓN XLI

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.—*Multiplicación de los panes.*—*Contemplación*

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO.—Jesucristo se encuentra en un lugar desierto y rodeado de gran muchedumbre de personas; en lugar de despacharlos como sugerían los apóstoles, les hace repartir por ellos mismos cinco panes y dos peces que se multiplican hasta saciar á cinco mil personas sin contar á las mujeres y á los niños. Conmovido por tan grande milagro el pueblo quiere proclamarle rey (1).

SEGUNDO PRELUDIO.—Imaginarse una vasta llanura; Jesús en medio de sus apóstoles, instruyendo sin cesar á la numerosa muchedumbre que se agolpa en derredor suyo para que El cure á los enfermos que se le presentan.

TERCER PRELUDIO.—Pedid al Salvador que nos ilumine sobre el milagro de la multiplicación de los panes; suplicadle nos inspire los sentimientos que El hizo nacer en las turbas; pero sobre todo rogadle nos llene de inteligencia y de amor para el banquete Eucarístico figurado en este milagro.

PUNTO I

Contemplar las personas

Jesucristo.—Su celo es incansable.—Después de haber empleado todo el día en instruir al pueblo y en curar á los enfermos, Jesucristo se había retirado con sus apóstoles sobre un monte cercano, para allí

(1) Joan., VI.

descansar en la oración; pero al poco rato tuvo que volver á descender. En la llanura le esperaba una inmensa multitud que á pesar de haber ya escuchado sus palabras, deseaba oírle todavía; y para esto descuidaban hasta el alimento corporal, á riesgo de desfallecer. Fijémonos en el rostro del Divino Maestro: en El leeremos la tierna compasión que le inspira la vista de tantas personas necesitadas; ellas son como corderos sin pastor, y cifran en El solo todas sus esperanzas: *Cum sublevasset oculos, et vidisset quia multitudo magna venit ad eum...* ¡Oh Señor! ¡Dichosa de aquella alma á la cual Vos dirigís vuestra piadosa mirada! Ella quedará consolada por más grande que sea su aficción. ¡Dichoso de aquel que os busca y á quien Vos miráis venir á vuestros pies!

Los Apóstoles.—Los encontramos aquí con todos sus defectos y sus buenas cualidades. Observad su afán: primero insisten con Jesucristo para que despache á las turbas, sin cuidarse poco ni mucho de lo que les pueda suceder alejándose de ese modo: después se esmeran para servir á esa misma muchedumbre puesto que el Señor lo ha mandado. Miradlos llenos de cuidados cuando Jesús les dice que se debe dar de comer á tanta gente, á pesar de que El bien sabía que los Apóstoles no tenían nada. Y sin embargo, ¡con qué fidelidad ejecutan sus órdenes! *Ait ad discipulos suos: facite illos discumbere..., et discumbere fecerunt omnes.*

Fijad vuestra atención en el pueblo. Sin duda él no tenía una idea exacta de Jesucristo, y los motivos que le impulsaban á seguirle no eran perfectos como hubiesen debido serlos. Sin embargo, observad cuán grande es el afecto que demostraban hacia la persona del Salvador. ¡Qué constancia en seguirle y no querer separarse de El! Aquel pobre pueblo estaba hambriento de la palabra de Dios: y su hambre espiritual era tan vehemente que llegaba á olvidarse del hambre corporal. ¡Observad cómo aquella muchedumbre se confiaba absolutamente á la bondad y al poder del Hijo de Dios! Nada temen, todo lo arrastran, á trueque de tener la dicha de verle y de oírle.

¡Ah! ¡su confianza estaba, en efecto, muy bien cimentada! ¿Y por qué mi confianza es tan débil?

### PUNTOS II y III

#### Escuchar las palabras y considerar las acciones

Estaba la tarde ya muy avanzada (1), y nadie pensaba en retirarse: entonces los apóstoles se acercaron á Jesús y le dijeron: «Estamos en lugar desierto, y la hora es avanzada; despide pues á esta gente para que, esparciéndose por las villas y pueblos, pueda proveerse de alimento». Hé ahí lo que son los hombres. Cuando se trata de hacer algún servicio al prójimo se busca siempre lo que menos cuesta, y se procura descargar sobre los demás todo lo que nos pesa. Si Jesucristo hubiese accedido á esta petición, conforme deseaban los apóstoles ¡cuántos de entre aquella gente, ya estenuados por el largo ayuno, hubiesen desfallecido por el camino!—¡Oh Dios mío! ¡No me enviéis á las criaturas para proveerme de lo necesario! Tal vez ellas no lo tengan.... Acaso querrían vendérmelo..... ¡y á qué precio! Dádmelo Vos, Señor; yo no necesito más que una cosa sola: y es vuestro santo amor!

Sin embargo, hablando humanamente, lo que deseaban los apóstoles parecía muy bien puesto en razón; y la respuesta del Salvador debió llenarlos de asombro. «No es necesario que yo los despida: dadles vosotros mismos de comer.» Pero Señor, contestan ellos, aunque tuviéramos pan por doscientos denarios ¿qué sería eso para tanta gente? Ellos declaraban con eso que no podían absolutamente alimentar á tanto pueblo: y esta confesión era precisamente lo que Jesucristo deseaba: puesto que cuanto más visible es la impotencia humana, tanto más es fácil de reconocer la intervención de Dios.—Jesucristo les preguntó cuántos panes tenían. «Nada más que cin-

(1) *Cum jam hora multa fieret.* (Marc., VI, 35).

co, respondieron, y dos pescaditos:» y se apresuraron á añadir: «*Sed hæc quid sunt inter tantos?*» Entonces Jesús les dijo: «Traedme esos cinco panes con los dos peces; y haced que se sienta el pueblo, repartidos en grupos de ciento ó de cincuenta.»—Después, levantando los ojos al cielo, Jesucristo dió gracias al Padre Eterno del poder que le había conferido, bendijo los panes y los peces, los partió y los dió á los apóstoles para que los distribuyesen al pueblo. En sus manos divinas el pan se multiplicó. Todos comieron, se hartaron, y de lo que sobró se llenaron todavía doce canastas.—¿Qué pensarían los apóstoles viendo realizarse por su ministerio una tan grande maravilla?—¿Qué pasaría en el alma de todos los que comieron ese pan milagroso?—¡Qué alegría tan pura y modesta reinaría en aquel banquete!

De este modo el Hijo de Dios afirmaba á sus apóstoles en la Fe, les daba una alta idea de su poder, los preparaba para la divina institución del banquete *Eucarístico*.—*La Pascua estaba próxima* (1), hace observar la Iglesia; y era muy útil dar á aquel pueblo una idea de la Pascua Cristiana en la cual bajo figura de pan se debería comer al Cordero de Dios sacrificado por nosotros. En efecto la Iglesia no debía tardar en esparcirse por todo el mundo, dividida en tantas muchedumbres, y cada una dirigida por sus pastores particulares de los cuales debía recibir el Pan celestial: y este Alimento vivo y que da la vida, no se agotará jamás.

*Manducaverunt omnes et saturati sunt.* Todos comieron y se hartaron puesto que todos tenían hambre, y todos gustaron la excelencia del pan que se les presentaba. ¡Cuánto más justo es que nosotros nos lancemos con amor á la Sagrada Eucaristía! ¿Acaso no tenemos en este desierto de la vida enfermedades que curar, necesidades que satisfacer? ¿Acaso el pan celestial que se nos da no es incomparablemente superior al pan de que se alimentaron las turbas? El es como la reunión de muchos milagros; el

(1) Joan., VI, 4.

compendio de muchos misterios; y la fuente de muchísimos favores y gracias de todo género.

Todos se hartaron: todos se fortalecieron. Hé aquí el efecto del Pan Eucarístico: cuando se come con las disposiciones debidas, este Pan harta; y ya no se buscan los placeres de la tierra después de haber gustado los del cielo: este Pan fortalece; y por esto se le llama Pan de los fuertes.

La muchedumbre milagrosamente alimentada admira el poder y la bondad del Salvador; y en su entusiasmo quiere proclamarle rey. El humilde Jesús rehusa este honor, y se retira solo sobre la montaña (1): su reino no era de este mundo. ¡Oh! Nosotros que le conocemos mejor que los judíos, invitémosle á que venga á reinar en nuestros corazones. Este reino El lo desea; deseémoslo también nosotros con todo el ardor de nuestro corazón. La Comunión bien hecha somete á Jesucristo todas las facultades de nuestra alma, nos pone enteramente bajo su dependencia paternal.—Pidámosle hoy con la Iglesia la gracia de participar siempre santamente de tan santo misterio: *Da nobis, quæsumus, misericors Deus, ut sancta tua, quibus incessanter explemur, sinceris tractemus obsequiis et fidei semper mente sumamus* (2).

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas.*—Jesucristo.—Su celo incansable.—Después de cuidar de las almas, cuida también de los cuerpos.—Mirada compasiva de Jesús á las turbas las cuales se olvidan de alimentarse para ir en pos de El y escuchar su palabra.—Los Apóstoles con sus defectos y sus buenas cualidades. Su apresuramiento primero con Jesucristo para que despida á la muchedumbre; y después con el pueblo mismo para socorrerlo cuando Jesús lo manda.—Observad también esta multitud numerosa: ella tiene puesta

(1) *Fugit.... in montem ipse solus.* (Joan., VI, 15.)

(2) Postcomm.

toda su confianza en la bondad y poder del Salvador: á trueque de verle y oírle, nada teme.

PUNTO II Y III.—*Escuchar las palabras y considerar las acciones.*—Lo que dicen los apóstoles á Jesucristo: «Este lugar es desierto, y es tarde; despide al pueblo»—He ahí los hombres: sólo buscan descargar sobre otro lo que les pesa. Dios mío, no me enviéis á las criaturas: yo no tengo más confianza que en Vos.—¿Qué responde el Salvador? Manda á los apóstoles que den de comer ellos mismos á toda aquella muchedumbre para obligarlos á reconocerse impotentes, y dar á El solo toda la gloria del milagro que va á hacer. En las manos de Jesús los dones de Dios se multiplican; todos comen, todos se sacian; y de lo que sobra se llenan doce espuertas.—¿Qué sucedía en el corazón de los apóstoles y de los que comían este pan milagroso?—Ese santo banquete nos ofrece una imagen del banquete Eucarístico. El Pan del SS. Sacramento ¿no es infinitamente superior al que comió aquel pueblo?—Es manantial de muchísimas gracias. ¡Qué feliz hartura proporciona á los que le reciben dignamente! Imitemos el agradecimiento de las turbas. Jesús rehusó el reino que le ofrecían; pero acepta el reino de nuestro corazón, pues mucho lo desea.

#### MEDITACIÓN XLII

DOMINGO DE PASIÓN: *Quis ex vobis arguet me de peccato?* (1).—*El hombre apostólico y sus perseguidores.*

I. Si cumple con su deber tendrá siempre perseguidores.

II. ¿Cómo deberá conducirse para con ellos?

#### PUNTO I

*El hombre apostólico será siempre perseguido*

Siempre tendrá enemigos y perseguidores. Si alguien hubiera debido ser objeto de la admiración y afecto universal, era sin duda el Salvador de

(1) Joan., VIII, 46.